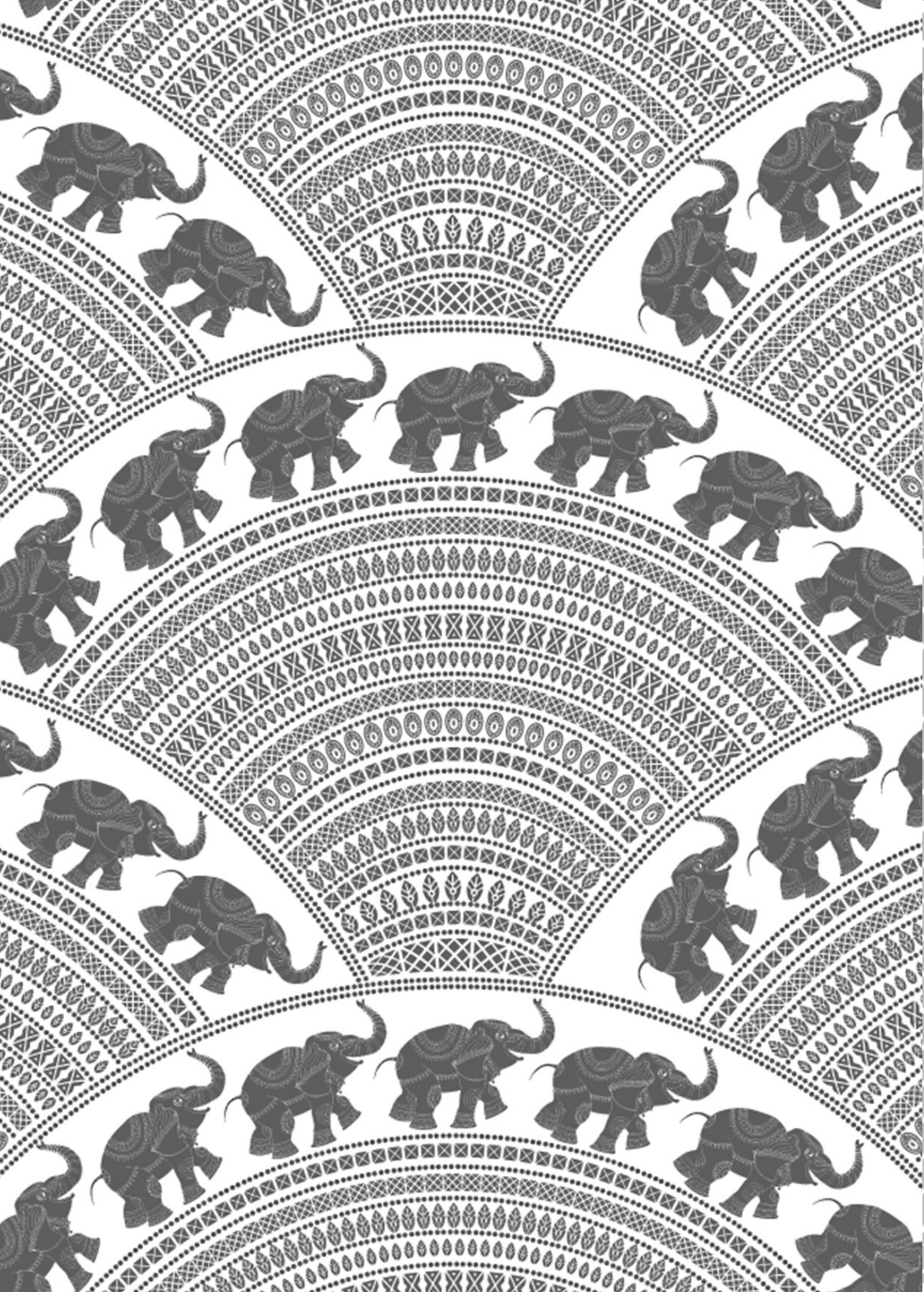




Victoria Álvarez

La ciudad de las sombras

Ilustraciones

Lehanan Aida

© de la obra: Victoria Álvarez, 2017

© de las ilustraciones: Lehanan Aida, 2017

© de los encabezados de capítulos: denisik11/Shutterstock.com

© de las guardas: L. Kramer/Shutterstock.com

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.

c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid

info@nocturnaediciones.com

www.nocturnaediciones.com

Primera edición en Nocturna: noviembre de 2017

Preimpresión: Elena Sanz Matilla

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código IBIC: YFB

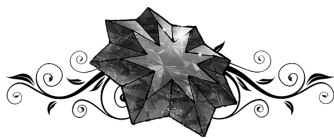
ISBN: 978-84-16858-27-9

Depósito Legal: M-25487-2017

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Para mi madre





*La India —un centenar de Indias— susurraba fuera bajo la luna
indiferente, pero en aquel instante la India les parecía una y
exclusivamente suya, y recobraron su perdida grandeza al oír
lamentar su desaparición, y volvieron a sentirse jóvenes al
recordárseles que la juventud se esfuma.*

E. M. FORSTER

*Aún hoy, meses después del regreso, cuando acerca con
cuidado las yemas de los dedos a la nariz, puede percibir el aroma
inconfundible del incienso y de las infinitas especias asiáticas.*

ELISA VÁZQUEZ DE GEY

PRÓLOGO

Cuando uno de los editores de Brown & Wilkes me llamó para avisarme de que la biógrafa pasaría unos días en El Cairo, mi primer impulso fue correr a los establos para fugarme a algún oasis remoto antes de que diera conmigo. Era una de las tardes más agobiantes de aquel octubre de 1985 que parecía resistirse a decir adiós al verano, y los ventiladores colocados sobre los muebles de mimbre, pese a haber escogido la casa por ser una de las más frescas de la ribera oriental, no conseguían mantener a raya el calor.

—Sinceramente, Brown, no entiendo a qué viene tanto interés —protesté mientras me pasaba una mano por la húmeda frente—. Si esa mujer se hubiera molestado en pisar un archivo, habría encontrado cientos de fotografías mejores que las que me está pidiendo.

—Ruth sólo quiere que se implique un poco más, Helena —me contestó Brown en un tono que pretendía sonar conciliador—. Estoy seguro de que no le dará problemas. Sólo tendrá que

acogerla unos días, hasta que haya resuelto todas sus dudas, y cuando sepa...

—¿Todas sus dudas? —no pude evitar exclamar—. ¡Llevo desde enero colgada de este maldito teléfono para ayudarla a rellenar las lagunas que le faltan! ¡Si hubiera sabido la cantidad de problemas que da una biografía, habría preferido que el mundo me olvidara!

La respuesta de Brown fue echarse a reír de buena gana, y eso me hizo comprender que estaba perdida. «Lo único que le interesa es que el dichoso libro salga a la luz en la fecha prevista —pensé mientras colgaba de mal humor y me quedaba observando, con los brazos cruzados, el trasiego de los turistas que regresaban de las pirámides—. Lástima que sea demasiado tarde para echarme atrás. Esa Ruth parece inasequible al desaliento».

De modo que cuando quise darme cuenta la tenía metida en casa: una joven de unos treinta años (a mis casi ochenta, me parecía una cría), con mucho pelo cardado y unos ojos llenos de rímel que le daban un aspecto más alucinado que dramático. Reconozco que me sorprendió comprobar, cuando nos sentamos por primera vez en la veranda de la salita que daba al Nilo, hasta qué punto se estaba tomando en serio la investigación. En los últimos meses había recopilado, subrayado y anotado cientos de artículos acerca de las excavaciones que había llevado a cabo desde que era una adolescente; había devorado estudios arqueológicos en los que me dedicaban capítulos de los que nunca había oído hablar, tenía cuatro cintas VHS repletas de reportajes de televisión y, para mi horror, se había entrevistado incluso con

mi prima Chloë, quien le dio material de sobra para crear la que Ruth esperaba que fuera «la única biografía que descubra a la mujer tras el mito».

—Me temo que estás confundiéndote —recuerdo que repliqué tras servirme una taza de café negro preparado por Laila, mi asistente—. Los arqueólogos consagramos nuestras vidas a desen- trañar mitos. Habría que ser realmente estúpido para dejarse con- vertir en uno.

—No trate de enredarme con sus tretas —repuso ella, en ab- soluto intimidada por mi brusquedad—. Llevo tanto tiempo per- siguiendo su sombra que podría decir que la conozco casi tan bien como a mí misma. No he venido a mendigar respuestas, lo que quiero es...

—Pruebas que te ayuden a separar la mentira de la verdad. Supongo que en eso no nos diferenciamos demasiado. —Con un suspiro resignado, dejé la taza en la mesita y me puse en pie para dirigirme hacia la alacena de madera taraceada del rincón—. Me parece que por aquí tengo algunas cosas que pueden servirte, aun- que todas relacionadas con mis investigaciones. Olvídate de los álbumes familiares; no vas a meter las narices en ellos.

—Por eso no se preocupe: su prima fue de lo más generosa cuando la visité —replicó la condenada muchacha con una son- risa—. Esa fotografía suya en un columpio a los seis años es adorable.

«Chloë, vas a acordarte de esto». De mala gana, saqué una caja de lata colocada en el cajón inferior y la llevé conmigo a la mesita, sobre la que caían algunos haces de sol que las palmeras no conseguían interceptar. Abrí la tapa para ir extrayendo una

pila tras otra de recortes de periódicos, algunos tan antiguos que el papel crujía entre mis dedos.

—Tendrás que practicar un poco de arqueología si quieres poner algo de orden en este caos. Pero, como pareces conocerme tan bien, sabrás cuáles suelen ser mis métodos...

—¿Es la avioneta con la que participó en la Segunda Guerra Mundial? —quiso saber Ruth, mirando uno de los recortes—. Caray, me la imaginaba más..., menos cochambrosa.

—Ten un poco más de respeto por las antigüedades, mocosa —rezongué—. ¡Por si lo has olvidado, con este trasto cochambroso les pateé el trasero a Hitler y sus chicos!

—Descuide, pienso escribir un capítulo entero sobre ese episodio, aunque no tenga que ver con la arqueología. —Ruth fue examinando las fotografías hasta que dio con otro recorte, perteneciente a un amarillento ejemplar de la *Pall Mall Gazette*, que le llamó la atención. Supe de inmediato de cuál se trataba, aunque estuviera observándolo del revés: en él aparecía un grupo de cinco personas posando en el elegante salón de una mansión de Oxfordshire, a ambos lados de un sarcófago ocupado por una momia colocada de pie.

—Eso es de septiembre de 1923 —expliqué tras darle un sorbo a mi café—. Tenía diecisiete años y medio y acababa de volver con mis padres de Egipto, donde habíamos pasado cuatro años realizando una excavación arqueológica patrocinada por mi tío, lord Oliver Silverstone.

—Sí, también tengo notas sobre eso. Me imagino que esta era la momia de Ptahmai, el sacerdote al que desenterraron. —Ruth

señaló con un dedo el cadáver colocado en el sarcófago—. Ah, y esa de ahí es su prima. ¡Habría podido reconocerla en cualquier parte!

No pude evitar sonreír ante el rostro risueño y regordete de Chloë, que por aquel entonces era una *flapper* de dieciocho años con la cabeza tan llena de rizos rubios como de pájaros.

—Realmente encantadora, una anciana adorable que no hacía más que reírse de las ocurrencias de sus nietos. —La joven me miró de reojo—. Otras deberían aprender de ella.

—Me gusta ser una cascarrabias —repuse—. Me encanta poder decirle a la gente lo que pienso y que nadie se atreva a replicarme. Estaba deseando hacerme vieja sólo por eso.

Sacudiendo la cabeza, Ruth regresó al estudio de la fotografía. Me di cuenta de que estaba observando a tío Oliver, que posaba con una mano sobre el hombro de Chloë.

—Tengo casi todos sus libros —dijo, señalándolo también a él—. Es buenísimo, uno de mis autores preferidos. No era su tío aunque lo considerara como tal, ¿verdad?

—Bueno, mi padre y él se querían como hermanos, así que nunca me importó que no existieran auténticos lazos de sangre entre nuestras familias. Eran amigos desde la juventud y la Primera Guerra Mundial los unió aún más. Mi padre, de hecho, estuvo a punto de perder la vida por salvar la de tío Oliver durante el derrumbe de una trinchera.

—Por eso su tío solía usar un bastón —comentó Ruth. Hizo algunas anotaciones en un cuaderno por el que yo había acabado sintiendo más desconfianza que por una serpiente y, tras darse unos golpecitos en el labio con el lapicero, cogió el recorte para

mirarlo más de cerca—. A estos dos los conozco de sobra; podría llenar un museo con fotografías suyas.

De pie a la izquierda del sarcófago, mis padres dirigían a la cámara dos sonrisas idénticas que aún en ese momento, más de sesenta años después, me hicieron sonreír también a mí, porque recordaba el secreto que escondían. Mi padre llevaba un esmoquin que le sentaba curiosamente bien, aunque su abundante pelo oscuro, siempre revuelto, estropeaba un poco el efecto. Mi madre, en cambio, parecía estar tan a sus anchas como siempre; ninguna mujer podría haber lucido mejor un vestido de Worth tan espectacular como aquel, más apropiado para el estreno de una ópera que para un acontecimiento académico como el que nos ocupaba esa tarde. Los delicados encajes acentuaban el tono moreno de su tez, sobre la que resaltaban siete lunares tan oscuros como sus ojos y su pelo, recogido en un elaborado moño. Y a su izquierda, medio oculta por una cortina...

—Ah, aquí tenemos al alma de la fiesta —se burló Ruth mientras yo fruncía el ceño por encima de mi taza de café—. Con esa cara podría haber asustado incluso a la momia.

—Siempre he sido la dulzura personificada —le aseguré, aunque la verdad era que estaba en lo cierto: la malencarada Helena de diecisiete años, atrapada en un vestido de seda que su madre le había obligado a ponerse, parecía a punto de morder al fotógrafo—. En cualquier caso, esa sesión estaba demostrando ser un auténtico suplicio...

—Pues espero que después pudiera disfrutar de un merecido descanso. Sus padres y usted se lo habían ganado a pulso tras haber pasado tanto tiempo excavando a pleno sol.

Abrí la boca para contestarle, pero no llegué a hacerlo. Como si alguien acabara de destapar un perfume que hacía años que no olía o me hubiera dado a probar algo que había sido mi comida preferida de la infancia, el recorte de la *Pall Mall Gazette* abrió de repente las compuertas de unos recuerdos en los que hacía muchos años que no pensaba.

Me acordé, por ejemplo, de cómo aquel vestido de seda había acabado desgarrado pocas semanas más tarde, en una tierra aún más lejana que el valle del Nilo. De un rayo de sol que se iba apagando poco a poco, abandonándome en una penumbra en la que me acechaban algo más que sombras. De un cuchillo curvado en mi mano, hundiéndose en el estómago de un hombre, y de la sangre que me había empapado los dedos mientras él me miraba de un modo que me había hecho sentir, por primera vez, como una asesina...

Tardé un rato en darme cuenta de que Ruth me estaba hablando, aunque no podía procesar nada de lo que me decía. Una expresión confundida había aparecido en su rostro.

—Oiga, Helena, ¿no se encuentra bien? ¿Necesita descansar un rato antes de que...?

—No —me apresuré a contestar—, no hay ningún problema. Es sólo que en ocasiones aún me cuesta asimilar, cuando pienso en ellas, algunas de..., de las cosas que he hecho.

Mientras hablaba estiré los dedos posados sobre mi regazo, casi temiendo que la sangre que los había manchado esa noche pudiera reaparecer. «Aunque seguiría dando lo que fuera a cambio de poder regresar a ese momento —me dije. Miré de nuevo aquel

rostro de piel morena, herencia de la sangre turca de mi madre, al que en ocasiones aún me parecía entrever en los espejos—. Sin embargo, no cambiaría nada de lo que hice. No sabiendo hasta qué punto esas semanas marcarían el resto de mi vida».

—Creo que las dos estábamos equivocadas —comenté por fin—. En realidad, sí hay una historia que me apetece contarte, aunque puede que no te atrevas a ponerla por escrito.

El fogonazo de magnesio me deslumbró tanto que durante unos segundos no pude hacer más que parpadear. Mientras la estancia emergía poco a poco de la niebla artificial, tan espesa como la que habíamos dejado atrás en Londres, continué oyendo al fotógrafo:

—Ahora unas cuantas más de este grupo, sin cambiar de postura... Señorita Lennox, haga el favor de dar un paso al frente; parece un fantasma espiándonos desde las sombras.

—Esa espalda —murmuró mi madre, y me dio un golpecito a la altura de los riñones.

Me enderecé lo mejor que pude, reprimiendo un gruñido. Puede que para alguien como ella, con sus elegantes vestidos de encaje y sus labios pintados de carmín, esos reportajes fueran una experiencia agradable, pero yo contaba los minutos que faltaban para que acabara. Me sentía completamente ridícula posando ante la multitud reunida en el salón de Silverstone Hall, al lado de aquel sarcófago en el que un sacerdote egipcio debía

de estar preguntándose cómo la humanidad se había vuelto tan estúpida.

Hubo una segunda ronda de fotografías a la que se sumó sir Frederic Kenyon, el anciano director del Museo Británico para el que trabajaban mis padres, y después llegó el momento que todos los historiadores, diplomáticos y aristócratas estaban aguardando.

—Creo que a Gideon le encantaría poder acompañar su crónica con una imagen del desenvolvimiento —dijo el fotógrafo cuando los invitados nos rodearon entre murmullos expectantes—. Traten de formar un semicírculo alrededor de la mesa para aparecer todos, por favor. Dick, mira a ver si puedes redirigirme la luz; esa ventana es muy traicionera.

—Con cuidado, con cuidado —ordenó Kenyon mientras sus ayudantes sacaban a la momia de su sarcófago—. ¡No olviden que tiene tres mil trescientos años de antigüedad!

—¡Uf, qué asco! —susurró mi prima Chloë—. ¡No quiero ni imaginarme cómo olerá!

En cuanto pudo se escabulló con unas señoras cargadas de diamantes que también parecían habérselo pensado mejor. El personal del museo colocó a la momia sobre una mesa de mármol que tío Oliver había mandado disponer en el centro del salón, al lado de un aparador en el que habíamos dejado nuestros útiles arqueológicos. Cuando todos se hubieron apartado, mi padre seleccionó un pequeño bisturí y se lo alargó a mi madre.

—Todo tuyo —le dijo sonriendo—. No vendrá mal comenzar con tu toque femenino.

Ella le dedicó una mirada cómplice que supe perfectamente a qué obedecía. Había sido mi madre quien unos meses antes, la noche en que conseguimos acceder por fin a la cámara sepulcral, había hundido un escalpelo en el pecho de Ptahmai para arrancarle el escarabeo de oro que los embalsamadores habían colocado sustituyendo a su corazón.

Claro que de eso no se hablaría en ninguna de las entrevistas. Tras ponerse unos guantes, mi madre comenzó a deslizar el bisturí con una precisión de cirujano por las vendas que recubrían los pies de la momia, abriéndose camino a través de las capas de lino que mi padre iba retirando para dejar el cuerpo al descubierto. Mientras tanto, yo recogía en una bandeja las docenas de diminutos amuletos colocados entre las vendas: escarabeos, ojos de Horus, llaves de la vida y figurillas de dioses de turquesa y lapislázuli.

Con cada trozo de lino arrancado aumentaba la expectación, que desembocó en un emocionado rumor cuando mis padres acabaron de desnudar el rostro de la momia. Hice un esfuerzo por no sonreír; el bueno de Ptahmai se parecía bastante a Kenyon, con unos pómulos tan enjutos como los suyos pese a carecer de su solemne bigote. Precisamente fue Kenyon el primero en aproximarse, examinando el cadáver con los ojos entornados.

—Fascinante —musitó—. Está mejor conservado de lo que cabría esperar de un sacerdote. En especial de uno de Atón al que se persiguió por hereje después de morir.

—Esa fue, en nuestra opinión, la razón de que lo trasladaran a escondidas desde la necrópolis de Amarna hasta una tumba sin terminar del Valle de los Reyes —corroboró mi padre—. Se estaban

produciendo tantas represalias contra los partidarios de Akenatón que los familiares de Ptahmai debieron de tomar esta decisión para proteger sus restos...

—Pero no lo consiguieron del todo, al parecer. —Kenyon señaló el agujero abierto en el pecho de la momia, rodeado por jirones de carne oscura y reseca—. Alguien le arrancó el escarabeo del corazón que le permitiría renacer en el Mas Allá. Es curioso que la momia haya sido violada pese a que, según ustedes, los sellos de la tumba estuvieran intactos.

Lo dijo de un modo que me hizo mirar ansiosa a mi padre. Por un momento temí que no supiera cómo salir del apuro, pero por suerte mi madre acudió rauda en su auxilio:

—Es exactamente lo mismo que contestó Lionel cuando se lo comenté. Le hemos dado bastantes vueltas y, aunque aún no estamos del todo seguros, creemos que quizás la momia fue profanada durante ese traslado desde Amarna. No sería extraño que alguno de los trabajadores, a pesar de las supersticiones, sucumbiera a los cantos de sirena del oro.

—No, desde luego que no —repuso el director del museo—. He escuchado toda clase de historias sobre saqueadores en mis sesenta años, y no todos eran del Antiguo Egipto.

Uno a uno, los demás invitados se acercaron con prevención a la momia. Mientras mi padre departía con ellos, mi madre y yo nos apartamos para quitarnos los guantes y lavarnos las manos en una palangana. Un par de rizos rebeldes habían escapado de mis horquillas y mi madre aprovechó para recolocármelos, sin prestar atención a mis quejas.

Aquel era uno de los pocos rasgos que teníamos en común. Ella era toda curvas seductoras, mientras que yo había heredado los miembros musculosos de mi padre. Aun así, eso no me preocupaba lo más mínimo. Con él todo resultaba mucho más sencillo.

—Por fin te han dejado libre —le dijo mi madre cuando se reunió con nosotras, tras haberse zafado como buenamente pudo de los invitados—. No ha habido problemas, ¿no?

—En absoluto. —Él la besó en una mejilla, rozándole la frente con el pelo alborotado en el que, desde hacía unos cuantos meses, había empezado a aparecer un remolino de canas—. Por un momento pensé que Kenyon no las tenía todas consigo, pero he de reconocer que tu hipótesis acerca de la profanación de la momia ha sonado de lo más convincente.

—De nada —contestó mi madre, y entornó con malicia sus ojos negros—. Creo que podrías invitarme a algo en agradecimiento. No diría que no a una copa de champán.

Había un criado rondando por esa parte del salón que no dejaba de lanzar miradas de aprensión a la momia tumbada sobre la mesa. Mi padre le hizo un gesto para que se nos acercara, cogió dos copas para mi madre y para él y, ante mi regocijo, otra más para mí.

—¿De dónde son esos tipos? —pregunté después de que hubiéramos brindado por nuestro éxito, y señalé a los fotógrafos que seguían merodeando por allí.

—De la *Pall Mall Gazette*, por supuesto —respondió mi madre—. Me encargué de avisarles yo misma ayer por la mañana. La verdad es que parecieron encantados con la invitación.

—Juraría que la mansión es de tío Oliver, no nuestra —le recordé, aunque ella no se inmutó—. ¿Significa eso que el acuerdo que cerrasteis en Egipto sigue estando en vigor?

—Mientras las noticias sobre Ptahmai continúen generando beneficios, nos interesa que las cosas sigan como están —dijo mi padre—. La exclusividad de los reportajes sobre la excavación a cambio de un generoso porcentaje de las ventas es un trato más que justo.

—Y eso teniendo en cuenta que las noticias publicadas en estos meses sólo han sido la obertura —añadió mi madre—. Ahora es cuando dará comienzo el auténtico espectáculo.

—Dudo que a los otros reporteros enviados a Egipto por sus periódicos les haya hecho gracia ese acuerdo —comenté—. ¿Creéis en serio que conviene enemistarse con el *Times*?

—Todo es publicidad, sobre todo la polémica. —Mi padre señaló con el mentón mal afeitado a un hombre que estaba entrevistando en ese momento a uno de los ayudantes de Kenyon, cuaderno en mano—. Ese debe de ser el tal Gideon, el reportero de la *Pall Mall*.

—Oh, divino —contestó mi madre, y curvó sus labios rojos—. Ahora seguidme con vuestra sonrisa más encantadora. Quiero cambiar los mármoles de los baños este otoño.

Y se alejó con un balanceo de caderas que hizo que todas las cabezas masculinas se volvieran a su paso como girasoles. Mi padre apuró su copa antes de seguirla con aire divertido, pero yo me aparté con discreción para confundirme con la multitud. No estaba dispuesta a desperdiciar uno de nuestros momentos de gloria con esa clase de tonterías.

Mi prima Chloë, para escándalo del personal del Museo Británico, había decidido encender una radio para tratar de animar un poco la velada, y en ese instante bailaba desaforadamente el charlestón con lord Cedric Castlemaine, un muchacho recién salido de Eton con el que planeaba tener una docena de críos. De tío Oliver no había ni rastro, pero cuando empezaba a preguntarme dónde se habría metido, reparé en que los criados habían dejado una bandeja de canapés sobre un bargueño. No dejaba de resultar extraño teniendo en cuenta la razón de ser de la velada, pero aproveché que mi madre no estaba mirando para agarrar unos cuantos, sin dejar de atender a lo que sucedía a mi alrededor.

Conocía Silverstone Hall como la palma de mi mano. Había vivido en la mansión desde 1914 hasta 1918, mientras mi padre y tío Oliver luchaban contra los alemanes en las trincheras francesas del Somme. Al principio me había acompañado mi madre, pero cuando a los dos años de empezar la guerra hirieron a mi padre, decidió alistarse también ella como enfermera para poder estar a su lado. Por entonces Chloë y yo éramos demasiado pequeñas para comprender a qué se estaban exponiendo; la madre y la hermana de tío Oliver preferían no contarnos nada sobre las trincheras, el servicio de Silverstone Hall había recibido las mismas instrucciones y la campaña de Oxfordshire parecía estar, en nuestras mentes de nueve años, a medio mundo de distancia de aquel agujero en el que más tarde nos enteramos de que las ratas, los piojos y la disentería casi habían logrado acabar con más soldados ingleses que los mismísimos fusiles alemanes.

—Creo que a la señora Russell le aliviará saber que sus canapés han sido un éxito, después de todo —oí decir de improviso, cortando el hilo de mis recuerdos—. Se ha pasado la semana quejándose de que el pobre Ptahmai les quitaría el apetito a nuestros invitados.

Casi me atraganté, lo que hizo que tío Oliver se riera entre dientes y me atrajera hacia sí para darme un beso en la frente. A sus cuarenta y cuatro años seguía siendo uno de los hombres más guapos que había conocido, con sus cálidos ojos marrones, un poco melancólicos, y el pelo castaño que llegaba hasta los hombros de su elegante esmoquin.

—No se te ocurra contárselo a mamá —le advertí—. Ya sabes lo que diría: «Si comes tanto, te convertirás en una foca; no vas a poder entrar en ese vestido; no es elegante...».

—Tranquila, tu secreto está a salvo conmigo. Lo único que espero es que te hayas limpiado bien las manos; no quiero ni pensar en los parásitos que habría en esas vendas.

—Llevaba puestos unos guantes. —Alcé una mano para mostrarle los dedos—. Somos muy escrupulosos con eso, sobre todo cuando hay gente de la prensa rondando por ahí.

—Precisamente acabo de ver a tus padres de lo más entretenidos con el periodista de la *Pall Mall Gazette*. Espero que Chloë no se entere de que están entrevistando a todo el mundo o creerá que esta es su oportunidad para convertirse en una estrella del celuloide.

—Descuida, también está ocupada. La encontrarás siguiendo la estela del charleston.

Le mostré el pequeño grupo que empezaba a formarse en torno a mi prima, que agitaba feliz los brazos y los flecos de su vestido rosa. Tuve que admitir que estaba realmente bonita; su compañero de baile no podía quitarle los ojos de encima.

—¿Ese es el famoso lord Castlemaine, el nieto del duque de Berwick? —inquirió mi tío.

—El mismo. Conociendo a Chloë, apuesto a que te habrá contado tantas cosas de él que podrías escribir una novela sólo con un par de ramas de su árbol genealógico.

—Yo no lo habría expresado mejor —rezongó mi tío—. ¿Crees de veras que van en serio?

—Ya les han puesto nombre a cada uno de tus nietos, si te interesa saberlo —contesté, lo que provocó que me mirase con estupefacción—. Ya saben incluso cómo van a llamarse los tres gatos que tendrán en casa: *Wellington, Nelson y Pitt*. Yo diría que sí, van en serio.

—Santo Dios. —Ambos nos quedamos mirando cómo Chloë, sin dejar de reír, giraba sobre sus talones agarrada a la mano del joven—. No parece haber escapatoria, ¿verdad?

—Es un buen chico —le aseguré—. Un poco inocente, si quieres que sea sincera, y no tan responsable como habrías deseado..., pero creo que la hace feliz, tanto como ella a él.

—Bueno, supongo que podría ser peor —musitó mi tío con un suspiro. Al cabo de unos segundos se volvió hacia mí, sonriendo a regañadientes—. ¿Y qué ocurre contigo, Helena la Aventurera?

—Soy un espíritu libre, lo sabes de sobra —dije con una sonrisa maliciosa—. Dame un *firman* que me permita pasarme la vida

excavando en Egipto y quédate con todos los jóvenes lores de Inglaterra. Así Chloë podrá tener recambios cuando se canse de Cedric.

—Cada día que pasa te pareces más a tu padre —contestó tío Oliver, y sacudió la cabeza con incredulidad—. Aunque, por lo que tengo entendido, él no pensaba sólo en la arqueología a tu edad. Con diecisiete años ya estaba hecho un auténtico rompecorrazones.

«Y habría seguido siendo así si mamá no se hubiera cruzado en su camino», pensé, esforzándome por encontrar otro tema de conversación. La verdad era que mis únicas experiencias con chicos habían sido un par de besos a hurtadillas con los sobrinos de unos arqueólogos amigos de mis padres que me habían dejado bastante decepcionada. La atracción tenía que ser mucho más que eso, había decidido unos meses antes; algo más que el roce de unos labios titubeantes y una mano recorriéndome torpemente la espalda.

—Me imagino que querrán pasar juntos todo el tiempo que puedan —proseguí—. No creo que tengan muchas oportunidades de verse cuando Chloë empiece a estudiar en ese instituto suizo para niñas ricas..., el Monte No Sé Cuántos, me parece que se llamaba...

—¿El castillo de Mont-Choisi? —Tío Oliver se volvió de nuevo hacia mí, ahora con tanta brusquedad que me extrañó—. Tenía que haber imaginado que te habría hablado de ello.

—Fue lo primero que hizo cuando bajé del tren. Está de lo más entusiasmada con lo de las clases de baile, de etiqueta... —Hice una mueca de aburrimiento—. Tendremos que armarnos de pa-

ciencia cuando regrese en Navidades empeñada en contárnoslo todo, si es que los Castlemaine no la invitan a su mansión. —Entonces me percaté de que tío Oliver seguía mirándome, y eso me hizo fruncir el ceño con extrañeza—. ¿He dicho algo malo?

—No —se apresuró a contestar él—, nada. Es sólo que... será duro separarme de Chloë. Desde que su madre murió dándola a luz, hemos sido uña y carne.

—Pero siempre ocurre así; también yo tendré que marcharme de casa algún día —le respondí, sin poder ocultar mi desconfianza—. ¿Estás seguro de que eso es todo lo que...?

—Será mejor que vayamos a comprobar cómo les va a tus padres. Si los dejamos a sus anchas demasiado tiempo, les darán material a los de la *Pall Mall* para un año entero.

Y diciendo esto, me ofreció caballerosamente su brazo para conducirme de regreso con Ptahmai y el resto de invitados, aunque no pude evitar darme cuenta de que nuestra charla acerca de Mont-Choisi había arrojado una sombra de culpabilidad sobre su rostro.

2

No pudimos marcharnos de la propiedad de los Silverstone hasta media tarde, y para cuando estuvimos de vuelta en Londres la ciudad se hallaba envuelta en una lluvia tan densa que apenas se distinguía nada a dos metros de distancia. Aparcamos el coche delante de nuestra casa, una de esas viviendas de Bloomsbury con escalera y foso que parecen sacadas de una novela de Jane Austen, y entramos en el abarrotado vestíbulo.

—Cielos, no recordaba que siguiéramos tan atrasados con el equipaje —dijo mi madre, tratando de abrirse camino entre los baúles a medio desembalar—. Esto es una leonera...

—Y tú, una exagerada —le contestó mi padre mientras cerraba la puerta—. Después de haber comprobado cómo eran los egipcios, mi concepto de desorden ha cambiado mucho.

—Ni siquiera en las tumbas egipcias hay tantos trastos tirados por todas partes. Si un ladrón se nos colara a través de una ventana, no sabría ni por dónde empezar a robar.



—Puede que no estuviera todo tan desordenado si alguien no se hubiera vuelto loca en el bazar de Khan El-Khalili comprando docenas de esos dichosos frasquitos de cristal.

—Los frasquitos eran absolutamente necesarios. Te recuerdo, Lionel, que en estos momentos somos la comidilla de Londres, nos guste o no. Tenemos que asegurarnos de causar una buena impresión a quienes se acerquen a saludarnos. —Entonces mi madre se dio cuenta de que me estaba escabullendo escaleras arriba procurando no hacer ruido y alzó la voz para advertirme—: Eso también va por ti, ¡nada de dejar la ropa tirada por ahí!

—No sabía que las visitas tuvieran que subir a mi cuarto —solté de mal humor, pero me di prisa en alcanzar mi habitación antes de que se le ocurriera ordenarme algo más.

Me había olvidado de apagar la lámpara de la mesilla antes de marcharnos y eso fue lo que me salvó de morder la alfombra, porque allí también había maletas a medio deshacer por doquier. Tras desprenderme de los tacones con un par de patadas, me quité el vestido de seda azul y me puse una cómoda falda y una blusa adornada con un lazo. También me deshice de las horquillas, con un suspiro de alivio, y sacudí mi espesa cabellera antes de recogerla en una coleta. Estaba a punto de arrojar el vestido sobre la cama cuando me lo pensé mejor: la montaña de ropa sucia empezaba a alcanzar proporciones faraónicas y sabía demasiado bien de qué era capaz una madre furibunda.

Al doblar unos pantalones viejos de mi padre que me ponía para excavar, reparé en que seguían teniendo arena dentro del dobladillo. Aquello me hizo sentir una súbita nostalgia, como si el

hogar en el que me encontraba, el Londres al que acababa de regresar, no fuera más que una mentira y mi auténtica casa siguiera estando junto al Nilo. De pie en medio del dormitorio, paseé la mirada por el papel pintado con diminutas rosas de té y me pregunté cuánto tiempo transcurriría hasta que nos fuésemos de nuevo. Añoraba de una manera casi dolorosa azuzar a uno de nuestros caballos hacia Gizeh, sentarme entre las palmeras de la ribera opuesta a las pirámides y observar cómo el sol se hundía detrás de aquellos titanes, sin tener que dar explicaciones a nadie sobre por qué estaba despeinada y mi ropa, plagada de arrugas. Si Egipto había sido un sueño de libertad, Londres prometía ser una jaula; una muy elegante, reflexioné al dirigirme al salón por la escalera adornada con vidrieras, pero una jaula al fin y al cabo.

Al entrar me di cuenta de que mi padre se había quedado corto: mi madre no había comprado docenas de frascos, sino centenares. Casi no quedaba ni una sola superficie sin cubrir por esos diminutos prodigios de cristal soplado. Tuve que apartar un par de ellos para sentarme sobre la mesa que había ante una de las ventanas mientras mi madre, que había bajado un poco antes que yo con el cabello suelto y envuelta en un batín, daba vueltas en el diván a algo que identifiqué como un gran escarabeo dorado.

—¿Qué vas a hacer con el corazón de nuestro amigo Ptahmai?
—pregunté, y alargué una mano para coger un montoncito de crujientes papiros—. ¿Usarlo como pisapapeles?

—No seas tonta —me contestó ella, inspeccionándolo con atención—. Ahora mismo lo guardaré en la caja fuerte con las

demás cosas. Si vamos a quedarnos con una reliquia de tres mil trescientos años, tenemos la responsabilidad de velar por ella.

—Pues más vale que tío Oliver no te vea hacerlo. Es la persona más honrada con la que nos hemos topado nunca y, si descubre lo que nos traemos entre manos...

—No tiene por qué suceder si los tres mantenemos la boca cerrada. Y si aun así te sientes culpable —continuó mi madre, y dejó el escarabeo sobre la mesita baja—, piensa que le estamos ocultando todo esto por su bien. No queremos que se disguste, ¿verdad?

—Tu madre tiene razón —coincidió mi padre mientras entraba en el salón—, aunque sospecho que a estas alturas Oliver nos conoce demasiado bien. Puede que sea inocente, pero no es túpido. Simplemente, prefiere hacer como que no ve lo que no le gusta tener que ver.

Sacudí la cabeza con resignación, alisando con cuidado uno de los papiros. Era una pequeña imitación comprada en Khan El-Khalili de una pintura funeraria, pero se me acababa de ocurrir que me ayudaría a paliar la nostalgia colocarla sobre mi escritorio.

—Hablando de antigüedades —mi padre se apoyó en el respaldo del diván—, antes de la apertura oficial de la tumba, algunas piezas del ajuar debieron de caer por accidente en mi bolsillo. No sé cómo pudo suceder algo así, con lo cuidadosos que somos siempre...

—¡Lionel! —exclamó mi madre cuando puso ante sus ojos un objeto brillante, como un cascabel con el que tratara de tentar a un gato. Parecía un brazalete de oro con adornos de pasta de vidrio—. ¡No me puedo creer que lo hayas hecho sin que yo me diera cuenta!

—No entiendo a qué te refieres. Ya te he dicho que fue un accidente. —Y cogiéndole la mano, le puso el brazaletes antes de besarla en la boca—. Ahora luce muchísimo mejor.

—Estoy aquí —me quejé desde la mesa, aunque no me prestaron la menor atención.

—Tú sí que sabes seducir a una mujer —ronroneó mi madre—. Ni cajas de bombones ni ramos de rosas... Nada como una joya robada a una momia egipcia para hacernos caer rendidas a vuestros pies. —Y dicho esto, le agarró de la corbata para que se agachara más, inclinado aún sobre el respaldo—. Seguro que se me ocurrirá cómo agradecértelo...

—¡Sigo estando aquí! —exclamé más molesta—. Dios, no sé qué me da más rabia, si tener que aguantaros así o discutiendo a voces por cualquier tontería. Por si lo habéis olvidado, os recuerdo que esa noche quise acompañaros a prepararlo todo para la apertura de la tumba y no me dejasteis por miedo a que me llevara cualquier cosa antes de que redactáramos el inventario. ¿Qué clase de ejemplo le estáis dando a vuestra hija?

—El mejor, teniendo en cuenta que esto te divierte tanto como a nosotros —dijo mi padre, acercándose a la mesa—. De todas formas, ¿temías que me hubiera olvidado de ti?

Al alargarme una mano, vi que había algo en su palma: un pequeño objeto azul verdoso de aproximadamente las mismas dimensiones que un chelín.

—¿Es para mí? —pregunté casi sin voz, y lo cogí con cuidado. Observé que era un escarabeo más pequeño que el falso corazón de Ptahmai, tallado en una turquesa con un par de alas extendidas

a ambos lados. «El símbolo de Ra —pensé emocionada mientras le daba la vuelta. Había jeroglíficos en la parte de atrás—. Un amuleto protector contra el mal...».

—¿Qué es eso? —inquirió mi madre desde el diván, estirando el cuello—. ¿Un colgante?

—Creo que se trata de la pieza suelta de un collar. Debí de rodar por el suelo junto con el resto de abalorios cuando derribamos la puerta de la cámara sepulcral. —Mi padre se volvió hacia mí, sonriendo ante mi expresión extasiada—. En el Museo Egipcio de El Cairo tienen cientos de piezas parecidas, algunas de mucho más valor. Lo más probable es que hubiera acabado en una caja, de modo que para eso es mejor que lo conserves tú.

—¡Gracias! —Le eché los brazos al cuello con tanta brusquedad que casi lo hice caer y él me estrechó contra sí—. ¡Voy a limpiarlo ahora mismo para ponerle un cordón!

—Puedes dejártelo por fuera de la blusa en nuestra próxima visita al museo —se burló mi madre—. Claro que también podrías entregarlo, si eres tan recta como tu tío...

En vez de contestarle, besé a mi padre en la mejilla antes de subir corriendo a mi cuarto para recoger un pequeño equipo de arqueología que me habían regalado. Mientras barría con un pincel los granos de arena incrustados en las muescas de la turquesa, mis padres abrieron un bourbon y se acomodaron en el diván para brindar por Ptahmai y sus tesoros. Fuera, al otro lado del cristal, las farolas de Londres parecían temblar en medio de la lluvia como cientos de luciérnagas atrapadas en frascos. Desde allí se oía

el bullicio de los automóviles que recorrían Great Russell Street y los cascos ocasionales de algún caballo. Acabé de deslizar un cordón por el agujero del colgante para ponérmelo al cuello y me disponía a enseñárselo a mis padres cuando alguien tiró de la campanilla.

—Deben de ser esos pesados de los Harrington —rezongó mi padre—. Ya he perdido la cuenta de las veces que nos han invitado a cenar desde que hemos regresado.

—Os dije que íbamos a estar de lo más solicitados ahora que nos quieren tanto en los periódicos —contestó mi madre, con los pies descalzos sobre las rodillas de él—. Ve a echar un vistazo, Helena. Si la señora Harrington trae otra tarta, puedes decirle que aún estamos demasiado ocupados con la mudanza, pero que nos la comeremos en su honor.

Toqueteando el colgante antes de esconderlo dentro de mi ropa, salí al vestíbulo y acerqué un ojo a la mirilla. Al otro lado de la puerta, debajo de un paraguas que parecía demasiado pequeño para su robusta figura, aguardaba un caballero que debía de rozar la cincuentena. Llevaba un bigote de morsa del mismo tono de gris que su ropa de *tweed*.

Definitivamente no era uno de los Harrington, aunque tardé un momento en caer en que la última vez que lo había visto, antes de marcharnos a Egipto, había sido en el Museo Británico. Eso me hizo desandar mis pasos tan deprisa que casi me resbalé.

—Antes de abrir la puerta, creo que deberíais esconder un par de cosas. Es ese tipo que tiene un despacho en el museo al lado del de Kenyon... Constant o Constantine...

—¿Richard Constable, el ayudante del director? —se sorprendió mi padre—. ¿Qué le ha traído hasta aquí sin su superior? Que yo sepa, no tenemos tanta relación como para...

—Ni idea, pero no deberíamos dejarle en la calle. Está cayendo el diluvio universal.

Sin cruzar una palabra, los dos se incorporaron para ocultar a toda prisa cualquier objeto que pudiera parecer sospechoso. Mi padre colocó un par de cojines sobre unas figuras de alabastro, mi madre se quitó el brazaletes para guardarlo en una caja que había en la repisa de la chimenea y, cuando ya nos dirigíamos al vestíbulo, mi padre se fijó en que el escarabeo de oro seguía en la mesita. «¡Pssss!», le oí decirle a mi madre antes de lanzárselo, y ella lo agarró como pudo, con una mirada escandalizada, y lo colocó en el armario de la cristalería. Sólo entonces acudimos a abrir la puerta.

—Señor Lennox. —El pobre señor Constable parecía un náufrago a esas alturas, pero estrechó su mano con una sonrisa—. Me alegro mucho de que esté de vuelta.

—Un placer verle de nuevo, Constable. Pase antes de que pueda ahogarse; hoy hace una tarde de perros. —Mi padre cerró tras él—. Sentimos haberle hecho esperar.

—Estábamos tan atareados ordenando nuestras cosas que no oímos la campanilla hasta hace un segundo —sonrió mi madre. Echó hacia atrás la pesada melena negra que caía sobre su batín de seda—. Espero que no le escandalice nuestro desastrado aspecto...

Constable le aseguró que estaría encantadora con cualquier cosa que se pusiera, lo que me hizo arquear las cejas. Sabía que mi

madre le gustaba desde que la conoció, pero el rubor con el que le dio su paraguas y su abrigo no pudo ser más pueril.

—No he tenido tiempo de hablar aún con Kenyon —añadió después—, pero doy por hecho que la reunión de esta mañana en la mansión de lord Silverstone habrá sido un éxito.

—Como poco, nos ha asegurado un nuevo reportaje a doble página —dijo mi padre.

—La gente se vuelve loca con esos acontecimientos. —Constable sacudió la cabeza—. Es una suerte que cada vez se realicen de una manera más científica. Recuerdo que hasta hace relativamente poco se desenvolvían momias egipcias hasta en los teatros de variedades...

—La verdad es que nos extrañó no verle por allí —comentó mi madre—, aunque me imagino que estaría ocupado con ese asunto del que quiere hablarnos. No habría venido a visitarnos de improviso si no se tratara de algo que le tuviera muy nervioso, ¿no es así?

—Usted siempre tan perspicaz —musitó Constable. Echó un vistazo a los baúles que abarrotaban el vestíbulo—. No se preocupen, no les robaré más que unos minutos. Si les parece bien, podemos hablar en el salón sobre lo que Kenyon me ha encargado que les...

—No. —Mi madre se apresuró a agarrarle de un brazo, dedicándole la clase de sonrisa con la que la había visto derretir a una docena de hombres al mismo tiempo—. Creo que estaremos más cómodos en el despacho. Por lo menos, allí tendremos dónde sentarnos.

Por suerte para nosotros, Constable era una criatura cándida que no encontró nada sospechoso en el modo en que lo condujimos escaleras arriba. Cuando mi madre empujó la puerta, nos recibió una vaharada de calor; supuse que habría encendido la chimenea para acabar de colocar los montones de libros desperdigados sobre los muebles. Mientras abría las puertas de cristal del balcón, mi padre invitó a Constable a sentarse en una de las butacas de cuero marrón, haciendo lo propio en la situada al otro lado del escritorio.

—Estábamos tomando un bourbon cuando llamó, pero no nos importará acompañarle. —Mi madre tiró de la puerta abatible de un mueble bar que mi padre había insistido en colocar al lado de la biblioteca, adornada con las primeras estatuillas, vasijas y broncees que habíamos desembalado—. ¿Le apetece un Cointreau? ¿Una copa de coñac?

—Un coñac estaría bien —contestó Constable. Después se quedó observando cómo apartaba unos mapas para sentarme en el sofá—. Cómo ha crecido la niña. Me imagino que estarías deseando regresar a Inglaterra para reencontrarte con tus amigas, ¿verdad?

—No se hace una idea —repuse—. Por cierto, espero que le gustase la traducción de los textos de la tumba que les enviamos por correo postal. Fui yo quien se encargó de ella.

Vi cómo mi madre me echaba una mirada severa desde el espejo del mueble bar. Medio minuto después se reunió con nosotros, le alargó una copa a Constable, otra a mi padre (mucho menos llena, para decepción suya) y encendió la lámpara que había encima del escritorio. Los cristales rojos y dorados cobraron

vida de repente, haciendo relucir las gafas de nuestro invitado y la condecoración de guerra de mi padre colgada de la pared.

—No quiero entretenerles demasiado, así que iré al grano.
—Después de dar un sorbo al coñac, Constable sacó del bolsillo de su chaleco una fotografía en sepia que colocó sobre el escritorio—. Supongo que conocerán a James y Henry Brandeth, ¿verdad?

—Claro que sí —le contestó mi madre, y cogió la pequeña cartulina. Dos hombres con salacots nos sonreían desde ella, uno de unos setenta años, con el pelo y el espeso bigote de un blanco inmaculado, y el otro de aproximadamente la edad de mis padres—. Hemos coincidido a menudo en el despacho de su superior, pero desde que nos marchamos a excavar a Egipto no hemos intercambiado más que tres o cuatro cartas con ellos.

—Conocí a Henry Brandeth en el Somme, mientras luchábamos en la misma trinchera contra los alemanes —explicó mi padre—. No es demasiado hablador, pero pasamos buenos ratos jugando a las cartas con nuestros hombres. Ahora que lo pienso, aún me debe dinero...

—Entonces, ¿no han vuelto a tener noticias tuyas desde hace tiempo? —preguntó el ayudante del director—. ¿No les han escrito informándoles sobre sus últimas actividades?

—¿Acaso deberían haberlo hecho? —quiso saber mi madre, y se sentó en el brazo de la butaca de mi padre—. ¿Han probado a ponerse en contacto directamente con ellos?

—Nada nos gustaría más, señora Lennox, pero me temo que no es posible. No hasta que sepamos qué les ha pasado a los Brandeth para desaparecer de la noche a la mañana.

Esto hizo enarcar las cejas a mi padre y fruncir el ceño a mi madre. Constable dejó escapar un suspiro, aunque su expresión revelaba que no le sorprendían sus reacciones.

—Si he de ser sincero, esperaba que esta visita arrojara algo de luz al respecto, pero me temo que ustedes no están más al tanto de la situación que los demás arqueólogos a los que hemos visitado. No son los únicos que les han perdido la pista.

—¿Los Brandeth, desaparecidos? —inquirió mi padre—. ¿Están seguros?

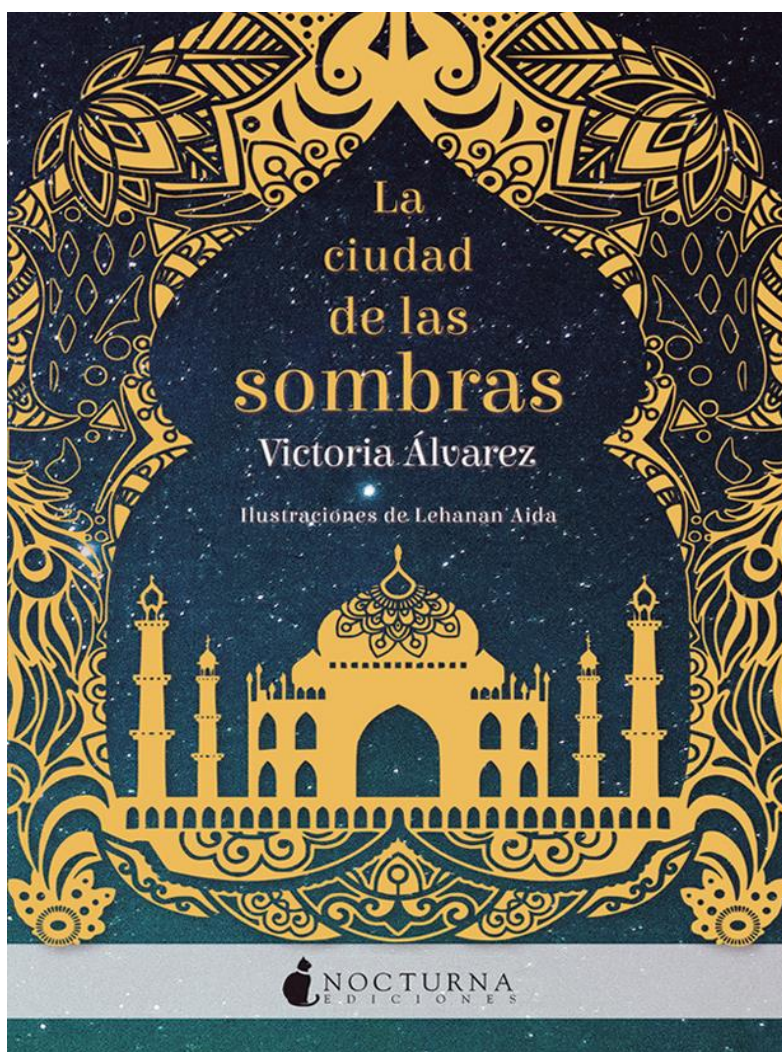
—Puede que simplemente no los hayan localizado por no estar en Inglaterra —dijo mi madre, mirando de nuevo la fotografía—. Usted sabe mejor que nadie que esta clase de vida es muy azarosa; uno está todo el tiempo subiéndose a barcos y bajando de trenes...

—Me parece que no han comprendido lo que ocurre. No les estoy preguntando por los Brandeth porque no sepamos dónde estaban en el momento de su desaparición. El problema es que sí lo sabemos, pero no entendemos qué está pasando en ese lugar. —Y alzando la vista hacia mis padres, preguntó—: Díganme, ¿han oído hablar de Bhangarh?

SIGUE LEYENDO

La ciudad de las
sombras

Victoria Álvarez



ISBN: 978-84-16858-27-9 | PVP: 16,00 € | A la venta: 13-11-2017

 **NOCTURNA**
EDICIONES

www.nocturnaediciones.com